

EL SECRETO DE ELISA

Todos los hechos que aquí se cuentan tuvieron su inicio el verano de 1482. Era una noche atípica, oscura, sombría. El cielo se estremecía expulsando toda su furia, vaciando su alma. El Alcázar de los Reyes Cristianos sobrevivía, impoluto, a tamaña tempestad y, como guerrero protector, acogía en su seno la llegada de nueva vida al mundo. Ahí estaba Isabel, ahogada en sus propias lágrimas, intuyendo algo horrible. El dolor era desgarrador, la vista se le nublaba, los tonos verdes de la habitación se le tornaban anaranjados, era como si le envolvieran las llamas de un abrasador fuego. Bañada en su propio sudor, sacó fuerzas de donde ya no tenía y sujetando fuertemente la mano de Catalina, la partera, empujó y gritando como ánima en pena alumbró una preciosa niña, cuyo llanto iluminó la estancia. Se llamaría María, estaba decidido. Pero aún quedaba lo más difícil, un segundo esfuerzo...imploró a su Virgen, la de las Angustias, testigo de la escena, presente en la cabecera de la cama y destinataria de sus rezos. Los sudores iban en aumento, notaba que su cuerpo hervía y, de nuevo, la imagen del fuego, el dolor la quemaba, pero lo consiguió, tuvo a la segunda niña, de tez tan blanca como los lirios que decoraban la mesita de noche. Esta vez no hubo llanto, la muerte ganó la batalla. Catalina ya lo sabía, tenía ese presentimiento. Era su última noche allí, al servicio de la Reina, y ese sería su último recuerdo.

La partera y su asistente salieron con ambos bebés al Salón Real, donde el médico que acompañaba en la espera a Fernando certificó la buena salud de María y la muerte de la segunda niña. Rápidamente, envuelto el cadáver en una sábana de lino, Catalina, que percibía una extraña energía en ese inerte cuerpo partió para la Capilla para que se le realizase el bautismo de emergencia. De repente, esa rara sensación que notó al cargar al bebé se tornó sorpresa e incredulidad cuando la pequeña abrió sus ojos, unos ojos azules, divinos, que transmitían una sensación de paz nunca antes percibida por la partera. Sin pensarlo, y guiada por una misteriosa fuerza, Catalina salió del Alcázar. El sentimiento de madre, siempre ausente en ella, despertó esa misma noche. Lo tenía claro, se llamaría Elisa, “la ayuda de Dios”, porque sin duda, en esta noche se obró el milagro.

Al llegar a casa, su marido, albéitar de profesión, no pudo reprocharla nada, él también quedó cautivado por la mirada de la pequeña Elisa. Su salida de Córdoba se adelantó

antes de lo previsto, marchaban a Toledo. Juan de Ribera, joven noble de esa ciudad, requería de sus servicios.

Los primeros años de su vida, Elisa los pasó entre las bellas callejuelas toledanas. Era una niña que derrochaba alegría, de mirada divina, de inteligencia suprema, siempre interesada en los quehaceres de su padre. Sin embargo, en su interior era atormentada por malos presentimientos, intuía peligros, lo notaba en su piel, le ardía. En sus sueños estaba presente un fuego calcinante que la abrasaba, sólo la imagen de un águila conseguía tranquilizarla, rescatarla de sus miedos. Elisa se había criado junto con halcones y águilas, su padre era el encargado de cuidarlos y reclutarlos para el señor, gran aficionado al arte de la cetrería. Para ella estas aves eran sus protectoras.

De su padre heredó también, además de su pasión por las rapaces, la práctica de la nigromancia. Sabía que él acudía a reuniones secretas en los subterráneos de la ciudad de Toledo, donde participaba en extraños ritos y ceremonias. Ella, a edad muy temprana, empezó a acudir a estas reuniones junto a su padre. Pero dichas prácticas no eran bien vistas por la alta nobleza toledana ni por los eclesiásticos. Muchos de estos nigromantes fueron apesados, torturados y ejecutados por la Santa Inquisición. Entre ellos estaba el albéitar, el padre de Elisa, un hombre honrado, que lo único que buscaba era investigar la medicina en animales, éste fue cruelmente torturado y quemado en la hoguera. Elisa tenía entonces ocho años y quedó huérfana, pues, años antes, su madre, la partera, había fallecido. La imagen del fuego devorando a su amado padre quedó grabado en su mente, al igual que sus deseos de venganza contra los poderosos, los nobles de esta ciudad. Lejos de repudiar esas prácticas nigromantes que llevaron a la muerte a su padre, las abrazó todavía con más fuerza. Sólo sentía cariño por su señor, Juan de Ribera, que desde entonces la quiso y la cuidó como un verdadero padre.

Y así pasaron treinta años, Elisa seguía manteniendo esa mirada angelical, de ojos claros como el cielo, penetrantes, la piel tersa como nube y unos largos cabellos rubios cual rayos del sol y cuerpo de diosa reluciente. Era inmensamente bella. Por ella no pasaba el tiempo, se había quedado instalada en la juventud. Tras la muerte de sus padres quedó como criada de Juan de Ribera, el cual la trataba como a una hija, no quería que sirviera pero Elisa se negaba, ella tenía claro cuál era su condición. Vivía en el Palacio de una villa cercana a Toledo, llamada Villaseca de la Sagra. Hacía muy poco que se instalaron allí definitivamente. Su señor tuvo que huir de la ciudad de Toledo.

Corría el año 1520 cuando parte de la ciudad se declaró en rebeldía contra el recién nombrado rey de España, Carlos I. Los llamados comuneros se levantaron en diferentes ciudades de Castilla, con Toledo a la cabeza, uniéndose en la Junta de los Comuneros e iniciándose así un enfrentamiento civil entre los leales al monarca y los rebeldes comuneros. A la cabeza de este movimiento se situaron Padilla, Bravo y Maldonado, junto con la esposa de Padilla, María Pacheco.

Elisa, como en su niñez, volvía a ser invadida por angustiosos sueños, presagiando desgracias sobre su señor, desgracias donde de nuevo, el fuego estaba presente.

Pero no todo eran malos pensamientos y miedos en Elisa. Ésta escondía un bonito secreto: estaba profundamente enamorada. Su amor recaía en un joven compañero de su señor en estos momentos difíciles, se llamaba Garcilaso de la Vega y solía frecuentar su Palacio en Villaseca. Era un apuesto soldado que recitaba los mejores poemas que ella jamás había escuchado. Él también la correspondía en su amor, pero Elisa sabía que su función en esta vida no era enamorarse, no debía hacer sufrir a Garcilaso, ella conocía su destino y, tristemente, no estaba a su lado.

Los malos augurios presagiados por Elisa se empezaron a cumplir una soleada tarde invernal, cuando ésta se disponía a ir a dar agua a los caballos de su señor, situados en el ala izquierda del Palacio. Dos maleantes pagados por los nobles comuneros de Toledo se colaron en las dependencias de Palacio dispuestos a asesinar a Juan de Ribera. Éste estaba en el zaguán, evadido en la lectura. Uno de los maleantes alzó su puño para clavarle una daga, pero en ese momento, Elisa lo golpeó con una azada, cayendo muerto al suelo. Juan de Ribera, horrorizado intentó reaccionar, pero fue tarde, el segundo maleante clavó su daga en el costado de Elisa. Ésta sintió un dolor ardiente, un sudor frío le invadió el cuerpo y cayó al suelo herida de muerte. El maleante intentó huir, pero en ese momento Garcilaso venía a visitar a Juan de Ribera y viendo la escena sacó su arcabuz y lo disparó. El panorama era dantesco, Juan de Ribera, con el cuerpo moribundo de Elisa entre sus brazos, lloraba como un niño. Ésta, en su último suspiro, miró a su señor y le reveló que todos aquellos que ahora lo atacaban caerían en la desgracia y en la muerte. Garcilaso cayó de rodillas al suelo y con la mirada perdida, sintió que su vida ya no tenía sentido.

Pasaron tres meses del trágico acontecimiento y la vida en el Palacio de Villaseca se tiñó de penumbra y melancolía. El recuerdo de Elisa invadía la villa.

Y así llegó la víspera de Semana Santa de 1521. A Villaseca llegaron noticias de que un obispo-soldado de Zamora, Antonio de Acuña, se disponía a tomar el mando del movimiento comunero. Para ello se desplazó hasta Toledo donde fue recibido como un auténtico rey por los rebeldes.

Juan de Ribera intentó seguir con su rutina y en uno de los viajes al Castillo de su propiedad situado a una legua de Villaseca en lo alto de un cerro, vio un bonito águila que rondaba esas tierras, era una impresionante hembra, gris perla con cabeza blanca y ojos azules. No sabía de donde procedía, nunca antes la había visto por allí. Enseguida sintió una conexión especial con el animal.

Junto a su fiel amigo Garcilaso, Juan de Ribera paseaba todas las tardes por sus posesiones villasecanas y se entretenían con los giros y movimientos del águila al sobrevolar el cerro. Pero en una de esas tardes, cuando ambos observaban cómo había quedado el palacio tras la reciente reforma, vieron algo extraño en el comportamiento de la rapaz. Un vuelo agitado, quiebros rápidos, chillidos estridentes, les pusieron en estado de alarma, algo malo se avecinaba. De repente, el águila se metió al Palacio, dejando impresionados a ambos, era como si se lo conociera, y, tras el hueco de varias baldosas, se coló. Juan de Ribera y Garcilaso cavaron, levantando más baldosas hasta descubrir lo que parecía un pasadizo. Bajaron unas viejas escaleras y lo que allí vieron sus ojos les dejó de piedra, era una especie de cavidad dominada por un inmenso lago alimentado por un manantial. Para Juan de Ribera y Garcilaso era el lugar más extraordinario que habían visto en su vida. Era una gruta repleta de formas modeladas por el agua a lo largo del tiempo. Pero aun hubo más sorpresas, un destello surgido del lago iluminó el paraje y de las aguas del manantial surgió ella, preciosa como siempre, ahora sí, divina, en majestad, como una auténtica reina, con sus rubios cabellos cayendo al agua. Era Elisa. No les habló. Sólo su dulce mirada azul les sirvió para comunicarse. Corrían un gran peligro y debían huir de allí pues Acuña acechaba la villa en busca de Juan de Ribera. Siguieron el pasadizo a toda prisa, impactados por lo vivido y llegaron a una especie de mazmorra que Juan de Ribera pronto identificó, habían llegado a su castillo a través del subterráneo. En la fortaleza estarían seguros. Subieron a la torre del homenaje y desde allí, Juan de Ribera contempló impotente la quema de su palacio y de su villa sagreña. Cundía el pánico, Villaseca quedó devastada y sus campos calcinados, su amado pueblo se deshacía en cenizas. El obispo Acuña no dejó nada en pie, pero comprobó extrañado que en el palacio no había nadie, se preguntaba cómo habían huido

si tenía vigilado todos los caminos. Apresuradamente, se dirigió al castillo para cercarlo, pues estaba seguro que allí se refugiaban. Cuando iba a conseguir su objetivo el caballo del obispo quedó paralizado, un pavor repentino lo bloqueó y entonces Acuña vio la imagen suspendida en el aire de una rara mujer que posó una mano sobre su cabeza, a su mente llegaron escenas aterradoras, donde la muerte estaba presente, sintió un dolor atroz en su cuello, quería marcharse de allí. Rápidamente y seguro de que esas tierras estaban malditas mandó a su ejército retirarse y volver a Toledo.

Días después, los acontecimientos se precipitaron, los comuneros fueron derrotados el 24 de abril de 1521 en Villalar y aunque Toledo siguió en rebeldía, al final sucumbió. Los líderes comuneros Bravo, Padilla y Maldonado fueron ajusticiados cortándoles sus cabezas. María Pacheco huyó a Portugal donde murió en la indigencia y Acuña, apresado y condenado a garrote vil. La profecía de Elisa al morir se había cumplido: todos los enemigos de Juan de Ribera y Carlos I acabaron sus vidas trágicamente.

A su regreso de Alemania, Carlos I conoció los hechos ocurridos en Villaseca y el papel que jugó Juan de Ribera y esta villa en la defensa de su cargo como rey. Por ello nombró a éste Marqués de Montemayor y dictaminó que Villaseca fuese reconstruida y el Palacio fuera de nuevo levantado con los materiales de la casa toledana del líder comunero Juan de Padilla, la cual fue demolida y el solar resultante sembrado de sal para que no pudiera crecer ni la más sencilla de las flores silvestres, erradicando así de la memoria todo rastro de aquel linaje. Garcilaso nunca olvidaría a su amada y Elisa se convertiría en la musa de sus composiciones poéticas. También Carlos I quedó fascinado con la historia de la misteriosa mujer y de la presencia del extraño águila en las inmediaciones de Villaseca, gracias al cual sus aliados lograron escapar. Por ello, el cerro y el castillo de Juan de Ribera tomaron el nombre del Cerro y Castillo del Águila e instauró como emblema imperial en el escudo de Toledo el águila bicéfala como símbolo de poder, protección, victoria y orgullo.

Y todavía hoy, en las noches tranquilas de verano se oyen extraños cantos provenientes del subsuelo de Palacio. Los más ancianos del lugar cuentan enigmáticas historias, transmitidas a su vez por sus abuelos, en las que una imponente y bella águila sobrevuela los alrededores y alguna de esas noches se adentra en el Palacio para transformarse en una bella mujer que, como ánima en pena, ronda sus dependencias, protegiendo por siempre a los vecinos de Villaseca.